

**XV CONGRESO VIRTUAL SOBRE  
HISTORIA DE LAS MUJERES.  
(DEL 15 AL 31 DE OCTUBRE DEL 2023)**



**“Mujeres, militancia, represión, exilio y resiliencia. Una experiencia  
autobiográfica en el contexto del gobierno de Salvador Allende y el  
golpe de Estado de 1973 en Chile”**

**Thamar Álvarez Vega**

**“Mujeres, militancia, represión, exilio y resiliencia. Una experiencia autobiográfica en el contexto del gobierno de Salvador Allende y el golpe de Estado de 1973 en Chile”.**

En conmemoración de los 50 años

**Thamar Álvarez Vega**  
Escritora y Psicóloga



## **ÍNDICE**

- Pág. 3 Antecedentes generales: el contexto latinoamericano
- Pág. 4 Las mujeres de mi familia: compromiso político y militancia
- Pág. 7 El golpe de Estado: represión, detenciones, torturas
- Pág. 10 El exilio: primera etapa, kibutz Mishmar Haemek, Israel
- Pág. 12 Una madre y sus dos hijas: travesía por el Mediterráneo
- Pág. 14 El exilio: segunda etapa, Oviedo, España.
- Pág. 17 Reencuentros familiares, Lugo de Llanera y nuevos caminos.
- Pág. 18 Reflexión última
- Pág. 19 Bibliografía, webgrafía y fotografía

## **Antecedentes generales: el contexto latinoamericano.**

Las mujeres siempre han estado presentes en el quehacer y desarrollo político, social y cultural de Latinoamérica. Algunas como líderes políticas reconocidas, otras como apoyo y respaldo al trabajo de figuras masculinas, organizaciones o partidos políticos. Muchas desde diversas disciplinas académicas y científicas, las letras, la música y las artes, o como cabezas visibles de movimientos sociales o sindicales. Muchas también como trabajadoras anónimas pero esenciales en el desarrollo de avances socioeconómicos. Y todas ellas han sido fervientes defensoras de los derechos humanos, y también feministas, luchadoras incansables por la igualdad de derechos y oportunidades de las mujeres, en el continente y en el mundo entero.

Ejemplos claros de lo antes expuesto es la labor de mujeres inolvidables como la profesora, pedagoga y poetisa chilena - galardonada con el Premio Nobel de Literatura en 1945 - Gabriela Mistral (1889-1957); la emancipadora y estratega peruana de la rebelión de Tupac Amaru, Micaela Bastidas (1745-1781); la poetisa e investigadora mexicana, considerada la primera feminista latinoamericana, Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695); la médica y docente Paulina Luisi (1875-1949), líder del sufragio femenino en Uruguay, primer país de América Latina en aprobar el voto femenino (1938); la pintora mexicana Frieda Kahlo (1907-1954), feminista y reconocida por su estilo personal e intimista; la controvertida líder política argentina Eva Duarte de Perón (1919-1952), que consiguió el voto femenino para su país en 1951; la periodista, activista y feminista mexicana Esperanza Brito de Martí (1932-2007); la doctora socialista Michelle Bachelet (1951), primera mujer presidente de Chile y también primera encargada de ONU Mujeres para la igualdad de géneros; la líder indígena y activista guatemalteca, defensora de los derechos humanos, Rigoberta Manchú (1959), Premio Nobel de la Paz en 1992; la compositora, música y cantante chilena Violeta Parra (1917-1967), reconocida folclorista y artista plástica, la primera mujer y latinoamericana en exponer sus arpilleras, óleos y esculturas en el Museo del Louvre, en París, en 1964; y, por supuesto, Patria, Minerva y María Luisa Mirabal, Las Mariposas, tres hermanas dominicanas fundadoras del "Movimiento Revolucionario 14 de junio", asesinadas en 1960 por oponerse a la dictadura de Trujillo. En su honor, cada 25 de noviembre se conmemora el Día Internacional contra la violencia hacia la mujer. Todas ellas renombradas y reconocidas por su labor política, social y cultural y que, en sí, ejemplifican un largo listado de mujeres que, pese a no aparecer en este documento, han formado y forman parte de la Historia de Latinoamérica, de sus luchas, sus conquistas, sus avatares, sus tragedias y sus esfuerzos por hacer del continente un lugar donde primen la dignidad de sus habitantes, el respeto a los pueblos originarios y la defensa cerrada a los derechos humanos.

El contexto del presente trabajo lo constituye, por lo tanto, el acontecer sociopolítico y cultural de un continente que, desde su conformación como tal (siglo XIX, una vez emancipadas las colonias europeas), vivió una suerte de enfrentamientos bélicos, movimientos políticos y alzamientos sociales. Como consecuencia, a mediados del siglo XX y de forma más o menos generalizada, fue posible observar en América Latina una profunda transformación y una modernización de la estructura social. Los principales factores que llevaron a este escenario fueron el crecimiento demográfico, la reducción de la mortalidad y el analfabetismo, el crecimiento urbano y el desarrollo de organizaciones sociales. Sin embargo, a partir de la década de los cincuenta, Latinoamérica sufrió también un proceso de militarización sistemático y estratégico que, finalmente, desembocó en el uso del golpe de Estado como acto político-militar destinado a derribar

gobiernos democráticamente elegidos y mantener un control férreo y tiránico en los países afectados y en sus habitantes. Así las cosas, las primeras dictaduras militares se inauguraron en Brasil y República Dominicana en la década de los treinta. La mayoría de países latinoamericanos (Colombia, Paraguay, Bolivia, Perú, Ecuador, Chile, Uruguay y Argentina), por otro lado, sufrió el mismo tipo de regímenes totalitarios y tiránicos entre 1953 y 1990. Incluso está debidamente documentada la relación y labor conjunta de algunas de estas dictaduras (Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia) en la llamada Operación Cóndor; una campaña de represión política y terrorismo de Estado implementada oficialmente el 25 de noviembre de 1975, respaldada por el gobierno de Estados Unidos, y que tuvo también la participación indirecta de autoridades de Colombia, Ecuador y Perú.

Desde este escenario, el presente trabajo pretende describir, reconstruir y relatar la experiencia de las mujeres de una familia chilena oriunda de Valparaíso. Mi familia. Su militancia, su compromiso político y social, sus sueños e ideales por un país más justo y progresista. Y la suerte que corrieron todas ellas, participantes y protagonistas de una época de la Historia de Chile que comenzó años antes de la elección del médico socialista Salvador Allende como presidente del país, y terminó con el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, ejecutado por las Fuerzas Armadas chilenas – al mando del general Augusto Pinochet, con el apoyo de la oligarquía chilena y el gobierno norteamericano de Richard Nixon y su secretario, Henry Kissinger - y la consiguiente dictadura cívico-militar que mantuvo el país bajo terrorismo de Estado durante diecisiete años.

### **Las mujeres de mi familia: compromiso político y militancia.**

En mi familia, muchas de nuestras mujeres entraron al siglo XX compartiendo las labores tradicionales atribuidas al género (hogar, matrimonio, hijos) con la elección de profesiones de diversa índole. Casada con mi bisabuelo Luis Alberto Vega (1895, contador general del Banco Londres en Valparaíso), mi bisabuela Matilde Contreras (1895) se formó como profesora en la Escuela Normal y, al momento de su jubilación, era directora de la Escuela Número 7 de Niñas de Valparaíso. El matrimonio tuvo tres hijos, el mayor de los cuales fue mi abuelo, Luis Vega (1921). Su hermana, mi tía-abuela Eliana Vega (1923), estudió la misma profesión que su madre, y también ella trabajó hasta el día de su retiro como profesora en la misma ciudad. Ambas fallecieron superados los ochenta años. Por otro lado, mi bisabuela Raquel Cubillos (1904, madre de mi abuela Raquel García) era hija de una familia acomodada de Valparaíso. Fue una mujer sensible y cariñosa que creció entre lujos y educada como una señorita de alta sociedad (bordaba y tocaba el piano con maestría); se casó con un contador de la empresa Grace de Valparaíso (mi bisabuelo Renato García), con quien tuvo once hijos, ocho de los cuales llegaron a adultos. Su hogar, su vida conyugal, su maternidad y sus nietos fueron su razón de vivir hasta su muerte, a los cincuenta y ocho años.

Mis abuelas Raquel García (1923) y Adriana Muñoz (1918), madres de mi madre y de mi padre, respectivamente, eligieron ocupaciones diferentes y construyeron a su alrededor mundos muy distintos. Entre los años cuarenta y cincuenta, mi abuela Raquel estudió secretariado, pero se casó muy joven con mi abuelo Luis, abogado, y se dedicó al hogar y la crianza de sus cinco hijos, tres mujeres y dos varones. Mi madre, Mariana Vega, fue la segunda en nacer, en 1948. Mi abuela Raquel era una mujer bella, refinada, efusiva, de carácter fuerte, y solo hubo un hombre en su vida: mi abuelo, con quien estuvo casada por casi sesenta años, y con quien compartió los avatares de la represión política y el exilio. Mi abuela Adriana, por otro lado, era también una mujer muy bella,

empresaria, jovial, muy independiente y emancipada. Desde joven, y sin vínculos estables con ningún hombre en particular, se hizo cargo de sus cuatro hermanas menores y abrió un hotel en la calle Pedro Montt, en pleno centro de Valparaíso; el mismo hotel donde, en 1945, nacería mi padre, Víctor Manuel Álvarez, fruto de la relación de mi abuela Adriana con mi abuelo Manuel Álvarez, refugiado español llegado a Chile en el “Winnipeg”, al término de la Guerra Civil, el año 1939. La relación de ambos se rompió durante la infancia de mi padre, por lo que, sin desatender sus roles paterno y materno, siguieron adelante con sus vidas por separado. Mis dos abuelas eran feministas, por su defensa cerrada de los derechos de las mujeres, pero desde posiciones y actitudes muy distintas en el ámbito personal. En cualquier caso, de las mujeres de mi familia antes mencionadas, solo mi abuela Raquel y mi madre, Mariana, y sus dos hermanas, Raquel (1945) y Fedora (1950), integraron la militancia política a sus quehaceres profesionales, académicos y familiares. Y todas ellas brindaron su apoyo, su confianza y sus ideales al mismo candidato.

Salvador Allende postuló cuatro veces a la presidencia de Chile: en 1952, 1958, 1964 y 1970, siendo este último año el de su victoria, encabezando el gobierno de coalición de la Unidad Popular (UP). Esto lo convirtió en el primer presidente socialista del mundo en alcanzar el poder en un Estado democrático a través de elecciones generales. Mis abuelos Luis y Raquel, militantes comunistas, apoyaron su candidatura en las cuatro ocasiones, siendo mi abuela activa participante en las campañas llevadas a cabo en la región de Valparaíso. Mi madre recuerda haber sido testigo, desde su infancia, de las actividades de campaña; también participó en algunos viajes, ya adolescente, por las localidades de la región, acompañando a mis abuelos y al candidato en sus mítines y charlas ante las multitudes, que acudían a escucharlo y aclamarlo. Alcanzada ya la mayoría de edad (los 21 años exigidos por entonces en Chile para ejercer el derecho a sufragio), mi madre pudo votar por él el año que salió elegido. “Allende me esperó”, dice sonriendo siempre que recuerda ese día.

Mi abuela Raquel fue militante del Partido Comunista (PC) de Valparaíso entre los años sesenta y setenta, hasta su exilio en Israel en marzo de 1975. Durante más de una década, asumió un rol activo y participó en múltiples actividades de corte progresista y feminista, encuentros y homenajes a personalidades destacadas a nivel internacional, como el poeta cubano Nicolás Guillén o la activista norteamericana Angela Davis. Y también con el laureado poeta chileno Pablo Neruda, con quien ella y mi abuelo tenían lazos de amistad. Mi abuela viajó también a China a mediados de los sesenta, entrando en contacto con otras cosmovisiones de ideologías similares.

Por su parte, mi madre y sus hermanas se unieron a las Juventudes Comunistas (JJCC) de Valparaíso. Y, como militantes, compatibilizaron sus estudios universitarios – mi madre y mi tía Fedora estudiaban Educación General Básica, en el Pedagógico de Playa Ancha y mi tía Raquel, Derecho, en la Universidad de Chile – con actividades de propaganda o pedagógicas (talleres para mujeres sobre el aborto, el maltrato intrafamiliar), reuniones, trabajo voluntario en tierras de labranza en localidades aledañas y participación en manifestaciones de apoyo a la labor del gobierno de la Unidad Popular. Su juventud idealista y comprometida con un país que emprendía un inmenso desafío, la vía pacífica al socialismo, las llevó a dedicar tiempo y energías a la consecución de ese ideal. Un nuevo Chile era posible, más justo, más igualitario, más progresista, más libre. Y por la vía pacífica, con propuestas, diálogo, protegiendo a los más necesitados, repartiendo la riqueza de forma equitativa, promulgando políticas de desarrollo y respetando los derechos de todos los habitantes del país. Y ellas querían ser parte activa en esa nueva construcción social y política.

Por aquellos años, tanto mi madre como mis tías eran jóvenes veinteañeras, pero también esposas y madres de familia. Así que algunas de las actividades del partido las compartieron con sus retoños. En mi caso, nacida en 1965, aún conservo recuerdos muy claros de aquellos días de actividades, propuestas, reuniones, mítines y manifestaciones. Todavía ahora, a mis cincuenta y ocho años, puedo recordar las consignas de entonces, las canciones que se cantaban, las pancartas, la algarabía y entusiasmo de las manifestaciones, y los trabajos voluntarios en los que participé con mi hermana, Marcia, tres años menor. Incluso la visita de la activista norteamericana Angela Davis y el multitudinario homenaje que se le hizo en un restaurante de Valparaíso, con ventanales al océano Pacífico.

Recuerdo mi infancia en Chile como un caleidoscopio de eventos; la mayor parte, correspondientes a mis actividades escolares, en el Colegio Hebreo, donde estudiaba; mi amistad con los niños y niñas de la Población Empart de Viña del Mar, donde vivíamos; mis relaciones familiares con mis padres, mi hermana, mis abuelas y abuelo Luis (mi abuelo Manuel falleció en un accidente de tráfico cuando yo tenía un año de edad), mis tíos y tías, y mis primos. Yo era una niña feliz, que crecía al amparo de una familia de clase media (mi padre era informático de la Caja de la Marina Mercante y mi madre estudiante universitaria), y que participaba también en actividades políticas cuando mi madre se veía en la necesidad de incluirnos a Marcia y a mí – si no disponía de alguien que pudiera cuidarnos - siempre y cuando dichas actividades no implicaran un riesgo para nosotras, algo que nunca ocurrió. En su conjunto, éramos una familia extensa muy unida, repartidos entre Valparaíso y Viña del Mar. Conservo recuerdos vívidos del piso de mis abuelos en la calle Pudeto, en Valparaíso; un departamento grande, con un inmenso salón-comedor y un pasillo eterno, por el que los niños de la familia correteábamos, y donde las reuniones familiares eran frecuentes. Y también de la inmensa casa de mi abuela Adriana, en el Cerro Cordillera, habilitada como hotel, y que siempre estaba llena de gente, lo que creaba un ambiente muy movido. Allí era imposible aburrirse, pues aparte de las enormes dimensiones de la casa, contaba con un gran patio donde Marcia y yo jugábamos con nuestros primos Fabio e Ingrid. En todo caso, durante mi infancia los vínculos más estrechos se establecieron con mi familia materna, y esto se acrecentó con el paso del tiempo debido a los acontecimientos que más adelante relataré. De momento, creo relevante puntualizar que de los once nietos que tuvieron mis abuelos Luis y Raquel, los cinco mayores nacimos en Chile: Marcia y yo, Claudia y Gonzalo (hijos de mi tía Raquel) y Nicole (hija de mi tía Fedora).

En resumen y volviendo al acontecer político de aquellos años, la mayoría de las mujeres de mi familia poseía un alto nivel de formación intelectual y una sensibilidad social que las llevó, desde muy temprano, a solidarizar con la población más vulnerable y a adherir, siendo activas en este compromiso, con un proyecto socialista que pretendía alcanzar para Chile un estado de bienestar que llegara a todos sus habitantes, y que les garantizara el respeto a su dignidad e igualdad en derechos y oportunidades, así como educación, salud y jubilaciones públicas de calidad.

Pese a los logros del gobierno de Salvador Allende, entre los que se encontraron la nacionalización de la gran minería del cobre, la aceleración de la reforma agraria (comenzada por su predecesor, Eduardo Frei Montalva), el congelamiento de los precios de las mercancías, el programa social universal del “Medio Litro de Leche” destinado a combatir la desnutrición y el aumento de los salarios de los trabajadores, entre otros, muy pronto comenzó a sufrir, desde la derecha empresarial y la ultraderecha chilenas, toda una suerte de boicots, huelgas financiadas, atentados y otras acciones violentas orientadas a desestabilizar la coalición de Unidad Popular. La presión se volvió sistemática, e incluyó acciones como la huelga de camioneros que paralizó el país de

norte a sur; el asesinato de René Schneider, comandante en jefe del Ejército en 1970, por parte del grupo de ultraderecha Patria y Libertad y el desabastecimiento de los comercios, provocando largas colas en las que la población intentaba, infructuosamente, comprar productos básicos. Y todo ello con el apoyo logístico del gobierno de Estados Unidos. Tal como demostró la investigación realizada por el Comité Church del Senado norteamericano (1975-76), el presidente Richard Nixon fue taxativo al afirmar “haremos gritar de dolor a la economía chilena”, enfatizando además el Comité que “todos los esfuerzos de la Casa Blanca estaban destinados al golpe de Estado”.

Y ese día llegó. Tras un primer intento fallido, el llamado “Tanquetazo” a fines de junio de 1973, el 11 de septiembre, día en que Salvador Allende tenía agendado llamar a un nuevo plebiscito, las Fuerzas Armadas chilenas – con el apoyo de la oligarquía empresarial y el gobierno norteamericano - se sublevaron contra el presidente democráticamente elegido y llevaron a cabo un violento golpe de Estado, que atropelló la Constitución, derogó la totalidad de los derechos civiles y puso fin a la democracia en el país por largos diecisiete años.

### **El golpe de Estado: represión, detenciones, torturas.**

Ninguna vida es fácil. Todas, incluso las más tranquilas y felices, experimentan en algún momento dolor y pérdidas irreparables. El golpe de Estado fue mucho más allá, y convirtió la vida de millones de chilenos en un infierno. Al quiebre institucional y sociopolítico de la sublevación militar, le siguió un quebranto mental, emocional y físico que afectó a la gran mayoría de la población. Mi familia no fue una excepción.

El mismo día 11 de septiembre, mi abuelo Luis fue detenido en su hogar, a las ocho de la tarde. La mañana de ese día había concurrido a la Intendencia de Valparaíso, donde se desempeñaba como asesor jurídico del Ministerio del Interior del gobierno de Salvador Allende; allí fue retenido durante horas hasta que se le ordenó regresar a su domicilio, desde donde, por la tarde, fue conducido al busque-escuela Esmeralda. Sería el inicio de una prisión que duró casi dos años, y que incluyó todo tipo de maltrato, golpes, torturas y vejaciones. Dos años que transcurrieron entre La Esmeralda y los campos de concentración de Isla Dawson (ubicado en la zona austral de Chile), Ritoque, Puchuncaví (ambos en la región de Valparaíso) y Tres Álamos (Santiago). Durante varios meses estuvo incomunicado, y solo tras su traslado a la zona central (debido a la presión internacional), nos fue posible visitarlo, a partir de mayo de 1974. Antes de esto, mi abuela Raquel sufrió varios interrogatorios y el allanamiento de su hogar, que quedó en un estado calamitoso. Los militares encargados del registro dejaron absolutamente todo por el suelo. Aún conservo en mi mente la imagen del departamento de mis abuelos en estado caótico, como si un huracán hubiera atravesado las habitaciones y el pasillo, destrozando todo a su paso. Libros, documentos, discos de vinilo, carpetas, enseres, ropa, adornos, todo aparecía arramblado por el suelo, sin espacio para poder caminar sin pisar aquella alargada y tupida alfombra de papeles y objetos.

En nuestro hogar, las consecuencias del golpe de Estado tampoco se hicieron esperar. En un inicio, todas las actividades escolares y académicas quedaron interrumpidas, así que mi madre, Marcia y yo permanecimos en casa, pues el país estaba en Estado de sitio. Mi padre, que había ingresado al Partido Comunista ese mismo año, fue despedido de su trabajo, con la fortuna de que, muy poco después, un pariente le consiguió un puesto administrativo en la Minera Andina, ubicada en la localidad de Saladillo, en Los Andes, a 140 kilómetros de Valparaíso. Esta distancia fue providencial pues, en un momento determinado, mi padre salió a colación en algún interrogatorio (por



ser hijo de español, sus conocidos lo llamaban “El Chaval”, lo que para la mentalidad militar equivalía a un pseudónimo revolucionario), pero sin datos concretos, cuando los militares dieron orden de búsqueda, no pudieron dar con él. Mi madre no tuvo esa suerte. Al igual que mis tías Raquel y Fedora, fue detenida semanas después del golpe de Estado y conducidas al Cuartel Silva Palma (hoy en día, sitio de memoria histórica), en el cerro Playa Ancha de Valparaíso. Mi madre sufrió interrogatorios y apremios ilegítimos. Mis tías, también torturas y vejaciones, en especial mi tía Fedora, que estuvo detenida dos veces, una de ellas en la Academia de Guerra Naval. Y todo ello sin razón de peso que lo justificara, pues ninguna de ellas estaba involucrada (tal como era el caso de la inmensa mayoría de detenidos y detenidas) en acciones violentas ni delictivas. Solo eran mujeres comprometidas con el desarrollo y bienestar de su país, y de sus habitantes. Mujeres jóvenes, bellas, estudiantes universitarias, esposas y madres. Pero, para la mentalidad castrense chilena - formada en la Escuela de las Américas bajo la consigna de que la población civil es “el enemigo”, contra quien debe ejercerse todo tipo de violencia física y psicológica con el objetivo de someterlo - eran entes peligrosos que debían ser amedrentados, ultrajados y derrotados a todo nivel.

La noche en que los militares se llevaron detenida a nuestra madre quedó grabada en mi memoria y en la de Marcia. Teníamos ocho y cinco años de edad. Como mi padre ya se encontraba en Los Andes, las tres dormíamos juntas en el dormitorio principal. De pronto, despertamos sobresaltadas; alguien aporreaba la puerta del piso con fuerza, acompañándose de fuertes gritos. Mi madre se levantó de un salto y solo dijo una palabra: “ellos”. Corrió a abrir la puerta; Marcia y yo permanecemos en la habitación, esperando. Desde allí, escuchamos la voz de un hombre y la de mi madre, y después ella regresó y nos explicó, en voz baja para tranquilizarnos, que debía irse con quienes habían ido a buscarla, y que nosotras nos quedaríamos con su amiga Inés. Así que salimos al pasillo, llegamos a la puerta y solo vimos a un hombre vestido de militar. Mi madre nos contó después que había pedido al comandante del pelotón que había ido a detenerla, que le permitiera dejar a sus hijas al cuidado de una vecina, a lo que este no solamente accedió, sino que dio orden a sus soldados de que se escondieran, para “no asustarnos” (como si no lo hubiésemos estado desde el momento en que casi echaron la puerta abajo a base de golpes y gritos). Marcia y yo caminamos en camión hacia la puerta de enfrente, distante unos pocos metros, donde nos esperaba Inés. Entre ambas puertas se encontraba el hall y las dos entradas de acceso a la planta baja, delantera y trasera; pero ni Marcia ni yo pudimos ver – esto se lo relató después otra vecina a mi madre - a los soldados que rodearon el edificio, tendidos de barriga al suelo, apuntando a las ventanas con sus fusiles de asalto. Lo único que yo pude ver, durante un par de segundos, fue a un soldado de pie, en el rellano de la escalera de acceso a los pisos superiores, con las piernas abiertas, el fusil en posición de firmes y ambas manos aferradas a él. El soldado, poco más que un adolescente, nos miraba con los ojos muy abiertos, y todavía hoy me pregunto el porqué de su mirada, que lucía aterrada. Éramos solo dos niñas que no entendían nada de lo que estaba ocurriendo y a quienes el mundo adulto estaba dando un claro ejemplo de cuán triste y violento puede llegar a ser. Las mujeres adultas que fuimos a partir de aquellos días aciagos, cargados de violencia y temor, nos construimos y reconstruimos a lo largo de nuestras vidas convirtiendo en resiliencia todo lo que vivimos entonces y los años venideros. Y otro tanto ocurrió con todas las mujeres de mi familia.

Los meses siguientes transcurrieron bajo el mismo clima de incertidumbre. En todas partes se respiraba un aire de desconfianza. Aún recuerdo comentarios entre alumnos mayores, divididos entre la lealtad a sus profesores y profesoras de izquierda y el peligro que podían representar para el colegio. O las actitudes entre algunos vecinos, que de un día para otro habían trocado los saludos amistosos por miradas huidizas o

silencios taciturnos. La solidaridad y afecto entre los vecinos más cercanos no cambió, todo lo contrario; pero la mayoría parecía vivir bajo una espada de Damocles, y se sospechaba de cualquiera que se mostrara demasiado curioso o indiscreto. En mi familia, vivíamos pendientes de quién era detenido, dónde se encontraba y por cuánto tiempo. Y, sobre todo, preocupados por mi abuelo Luis. Por fortuna, sus dos hijos menores, Igal y Diego, militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Chile, habían emigrado a Israel entre 1971 y 1972 (mi familia materna es judía sefardita, de ahí el vínculo con Israel) así que, aunque en octubre de 1973 mis tíos debieron combatir en la guerra de Yom Kippur, el hecho es que se encontraban muy lejos, en el kibutz Megido, “a salvo” – si es que vivir en un país en permanente conflicto con el mundo árabe podía verse así – de lo que acontecía en Chile.

A mis ocho años, yo seguía siendo una niña que dedicaba la mayor parte del tiempo a jugar, estudiar, escuchar música, leer mis libros de “Papelucho” y ver la televisión. Una de las costumbres que tenía era cantar en voz alta en el bus, cada vez que viajábamos entre Viña del Mar y Valparaíso. Sentada junto a la ventanilla, cantaba todo el trayecto a lo largo de la Avenida España. Tenía buena memoria y era entonada, y las canciones que me había aprendido antes del golpe de Estado seguían siendo mi repertorio favorito. Y así era como, para angustia de Marcia (que pese a tener solo cinco años, había aprendido con rapidez qué cosas podían decirse en la calle y cuáles no, o qué canciones ya no estaban permitidas), yo cantaba completa la Cantata Santa María de Iquique, de Quilapayún, una canción tras otra. Mi madre la tranquilizaba con un gesto cariñoso y disfrutaba de aquel concierto involuntariamente insumiso, al igual que el conductor y el resto de pasajeros, que continuaban la travesía escuchándome en respetuoso silencio.

Pero no todo en mi mente se asimiló con la inocencia de mis cortos años. De hecho, no fui capaz de asumir algunos de los eventos excepcionales que sucedían a mi alrededor. Una muestra de ello fueron las Navidades de ese año, 1973. Unas fiestas navideñas que celebramos y en las que participé. Pero de las que no recuerdo absolutamente nada, pese a que mi memoria conserva todavía eventos anteriores y posteriores con prístina claridad. Esas Navidades las tengo borradas de mi mente, y solo he podido saber de ellas por el relato de mi madre. Con mi padre ausente en Los Andes y mi abuelo prisionero en Isla Dawson, mi madre, mi abuela Raquel, Marcia y yo nos reunimos en el piso de Inés, junto a su familia. Nuestro piso y el de ella estaban en la planta baja del edificio, y el salón daba a un antejardín. En un momento de la noche, una joven disfrazada de Santa Claus apareció de pronto y dio unos suaves golpes en el ventanal. A esas horas había toque de queda (prohibición de salir a la calle, impuesto por los militares), por lo que Inés se apresuró a abrir el ventanal e invitarla a entrar. La joven se sentó junto a la dueña de casa, mi madre y mi abuela en el tresillo del salón, y les relató que su padre y su esposo estaban presos, y sola como estaba en esa noche tan especial, decidió desafiar la prohibición de salir, vestida de Santa Claus, para dar un poco de alegría a los niños y niñas de la población. En medio de su relato, se quebró y comenzó a llorar, y finalmente todas lloraron juntas. Era el reflejo fiel de lo que se estaba viviendo en la mayoría de los hogares chilenos esa Nochebuena. ¿Puede alguien extrañarse de que una niña de ocho años haya bloqueado de su mente la imagen de Santa Claus llorando con esa pena tan inmensa?

La situación en el país y en mi familia se volvió cada día más tensa y peligrosa. El acoso, la vigilancia y las amenazas se volvieron constantes. Finalmente mi madre y mis tías Raquel y Fedora recibieron orden judicial de abandonar el país con sus familias. En principio, mi madre se opuso a la expulsión. Era un castigo inmerecido y significaba abandonar la tierra donde habíamos nacido y crecido, donde ella y sus hermanas habían

trabajado por la construcción de un país mejor, y puesto todas sus expectativas e ilusiones en ese proyecto. Pero la amenaza a nuestra integridad física, a nuestras vidas, era real, y mi padre no estaba dispuesto a correr más riesgos. Así las cosas, sin más remedio que asumir el injusto destierro, las tres familias hicieron gestiones en la Sojnut (Agencia Judía de Inmigración) y pidieron refugio en Israel. Mi abuela Raquel se resistió a tomar esa decisión, quería esperar a que mi abuelo fuera liberado del campo de concentración donde se encontraba. Así las cosas, entre junio y agosto de 1974, las tres hermanas y sus respectivas familias abandonaron Chile rumbo a Israel.

Nuestro exilio había comenzado.

### **El exilio: primera etapa, kibutz Mishmar Haemek, Israel.**

Mis padres, Marcia y yo fuimos los últimos en llegar a Israel, a principios de agosto de 1974. Era mi primer viaje en avión, y mi estado de ánimo distaba mucho de la tristeza de mis padres y familiares que fueron al aeropuerto a despedirnos; entre ellos, mi abuela Adriana. En mi ingenuidad infantil, viví ese día como el comienzo de una aventura, y a esa excitación se sumaba la alegría de saber que pronto me reuniría con mis tías y primos, que habían viajado poco antes. Nuestra travesía tuvo dos escalas, en Río de Janeiro y Roma, y los recuerdos que guardo de ambas son mucho calor en la primera (habíamos salido en invierno y muy abrigados de Chile, y en Brasil nos recibió un verano caluroso), y una anécdota digna de una tragicomedia de absurdos en la segunda. Como toda familia de exiliados, viajamos con lo mínimo. Mi hermana y yo llevábamos en las manos un juguete cada una. El de Marcia era un muñeco de Pato Donald, fabricado con tela y relleno de metal. Al pasar por el censor de metales, mi hermana y su muñeco hicieron saltar la alarma, cosa que puso en alerta a unos guardias. Pertrechados de su autoridad y un delirante exceso de celo, le arrebataron el muñeco de las manos y comenzaron a hablar en italiano entre ellos, lo que durante unos segundos dejó a mis padres perplejos. Los guardias no sabían qué hacer, y uno de ellos hizo ademán de pretender abrir al muñeco (lo que significaba romperlo) para cerciorarse de que no contenía nada peligroso. Mis padres gritaron “¡no!” al unísono, y cuando Marcia comprendió lo que querían hacer, comenzó a llorar. Por fortuna, entre las lágrimas atormentadas de mi hermana y las protestas airadas de mis padres, los guardias devolvieron el muñeco a Marcia y pudimos proseguir nuestro viaje. Así las cosas, el Pato Donald, el único juguete que mi hermana portaba de nuestra vida en Chile, sobrevivió y llegó intacto a Israel. Y así sigue, en Chile, donde mi madre y mi hermana viven en la actualidad.

Recuerdo esa primera toma de contacto con Israel como una bocanada de aire caliente y un olor nuevo, mezcla de especias y otros aromas desconocidos para mí hasta ese momento. Personal del kibutz Mishmar Haemek (comuna agrícola ubicada en el norte de Israel) nos esperaba junto a otras personas, y nos condujeron hacia una camioneta cerrada, que nos llevó al kibutz. El viaje duró lo suficiente para adormecerme, y lo siguiente que recuerdo es el movimiento brusco de la camioneta al detenerse y el ruido de la puerta deslizante al abrirse. Al levantar la cabeza del regazo de mi padre, observé que ya había anochecido; vi a mi madre descender del vehículo y escuché la voz de mi tío Diego (a quien no veía desde hacía dos años) diciendo: “¡Me caso, Maria, y renunció Nixon!”. Lo siguiente fue la algarabía de abrazos, besos, risas y lágrimas del reencuentro familiar. La camioneta se había detenido a las afueras del comedor comunitario del kibutz, y mis tías Raquel y Fedora, mis primos Claudia, Gonzalo y Nicole, y mis tíos Octavio y Diego habían estado esperando nuestra llegada desde hacía un buen rato. Todos estaban muy tostados (comparados con nosotros, aún pálidos del invierno chileno), y junto a todos

ellos emprendimos camino - atravesando un sector del kibutz que, a la luz de las farolas, lucían para mí misteriosos y emocionantes - al que sería nuestro primer hogar en el exilio.

Relatar lo vivido en el kibutz sería extenso. De hecho, escribí una novela donde queda en buena parte reflejado lo que significó esa experiencia para mí, una niña de nueve años en un mundo totalmente nuevo, y para mi familia en general. Creo que no es difícil imaginar que esta primera fase de nuestro exilio se convirtiera en un desafío complejo a todo nivel (emocional, psicológico y cultural) para cada uno de nosotros. Y lo fue principalmente para mi madre y mis tías, que debieron asumir esta etapa en solitario, pues transcurrido un mes de nuestra llegada, mi padre y mi tío Octavio decidieron buscar un lugar más afín al modo de vida al que estaban acostumbrados (en términos de mentalidad e idioma, y liberados de la imposición de servir en el ejército) y pusieron rumbo a España, donde mi padre tenía familiares.

Afortunadamente, el kibutz constituía una forma de vida comunitaria que velaba por el bienestar de sus integrantes. Esto hizo que la separación, aunque temporal, fuera más llevadera. Y en términos prácticos y económicos, así fue. Mientras los niños estudiábamos por las mañanas en el Centro de Absorción, donde vivíamos (un área del kibutz rodeada de campos de labranza, equipada con viviendas, un salón recreativo, una lavandería y un pequeño colegio) junto a niños llegados, como nosotros, de diferentes partes del mundo, mi madre y mis tías estudiaban hebreo y trabajaban en distintas ocupaciones designadas por la administración. Fueron muchos los momentos alegres, festivos y tranquilos que la vida en el kibutz nos deparó, así como los juegos y las travesuras que organizamos con mi hermana y mis primos. Numerosas las ocasiones en que nos reunimos con mis tíos Igal y Diego, tanto en el kibutz Mishmar Haemek como en el kibutz Megido, donde ambos vivían. Y también las visitas a diferentes lugares de Israel, cargados de Historia, y las festividades judías que celebramos, con la alegría y el simbolismo que implicaban. Y muy gratas también las amistades que, niños y adultos, hicimos en aquel tiempo.

Sin embargo, a la salida dramática y forzosa de Chile, a la condición de exiliados, a la preocupación por los seres queridos que habían quedado allí, a la añoranza, a las diferencias culturales y a la incertidumbre por el futuro, se sumó una tragedia terrible: el suicidio de mi tío Diego, en diciembre de 1974. Tenía diecinueve años y se había casado apenas tres meses antes. El golpe que significó su muerte para mi familia, a uno y otro lado del mundo, fue devastador. La desgracia y el sufrimiento parecían no tener fin. Mi madre nos lo comunicó a Marcia y a mí esa misma noche. Llegó de Megido con el rostro contrito por el dolor y los ojos enrojecidos de tanto llorar. Nuestra pena fue inmensa, no lo podíamos creer, y nos arrojamos a sus brazos, llorando.

Mi abuela Raquel, en Chile, debió dar la terrible noticia a mi abuelo Luis, que en esos días estaba prisionero en un campo de concentración del norte de la región. Los militares lo subieron a un furgón maniatado y vendado, sin darle ninguna explicación; él viajó todo el trayecto convencido de que iban a matarlo. Finalmente, se detuvieron, lo bajaron y le sacaron la venda. Mi abuelo vio, entonces, que se encontraba en Valparaíso, en la calle Carrera, frente a la casa de su madre, mi bisabuela Matilde. Y junto a ella, en la puerta de entrada, su hermana Eliana y mi abuela Raquel. Mi abuelo subió las escaleras de la casa presintiendo que alguien había fallecido, pues sus rostros reflejaban dolor y vestían de negro. Pero en ningún momento imaginó de quién se trataba. Los militares aguardaron en la calle mientras mi abuela le explicaba que habían llamado de Israel para comunicarles la muerte de mi tío Diego. Como cabría esperar, mi abuelo quedó en *shock*, anonadado. Diego, el menor de sus hijos, su niño, al que creía a salvo del horror que se estaba viviendo en Chile, estaba muerto. El dolor de la familia era inconmensurable, y valoró el gesto de los militares de permitir dar tan triste noticia a mi abuelo rodeado de su madre, su hermana y su esposa. En uno de sus libros, mi abuelo Luis relata que, de

regreso al campo de concentración, el oficial al mando le dijo “haga de cuenta que está solo; si quiere llorar, hágalo, le hará bien. Y no vea en nosotros sino hombres que también somos padres e hijos, y que lo entendemos”. Pero no lo hizo. Pese a apreciar el trato humanitario que estaba recibiendo, acto seguido mi abuelo relata: “Le agradecí, pero no lloré. Había aprendido que llorar es un derecho de hombres libres. Y para los que han perdido la libertad, solo queda el gemir de bestia acorralada”.

Mi madre y mis tías debieron seguir adelante con sus vidas en el kibutz, intentando encontrar sentido a lo que estaban viviendo. Fueron días muy difíciles, un invierno gris y triste, en el que las tres tuvieron que echar mano de sus mayores fortalezas y sobreponerse a la adversidad. Aunque la resiliencia lograba al final salir a flote, hubo momentos en que aquella etapa del exilio puso seriamente a prueba su estabilidad mental y emocional. Mi madre, informada por mi padre de que había encontrado un trabajo estable y estaba reuniendo dinero para nuestro traslado a España, se focalizó en este objetivo, planificando el viaje y haciendo los trámites de rigor.

Así las cosas, a fines de enero de 1975, mi madre, Marcia y yo nos despedimos con mucha pena de mis tías Fedora y Raquel, y de nuestros primos, Claudia, Gonzalo y Nicole (y también de los compañeros y las profesoras de colegio del Centro de Absorción), y pusimos rumbo al puerto de Haifa.

### **Una madre y sus dos hijas pequeñas: travesía por el Mediterráneo.**

Mi madre, Marcia y yo embarcamos el 29 de enero de 1975 en un navío italiano cuyo recorrido unía los puertos de Haifa y Venecia. El nombre del barco era Enotria, y navegamos en él durante cinco días. Las tres viajamos cargadas con un gran bolso azul marino - que en algún momento del viaje recuerdo haber arrastrado con Marcia en un puerto o estación de tren – una guitarra y otro bulto de menor tamaño.

El Enotria era un barco de pasajeros y carga, no un navío de lujo. Nuestro camarote era sencillo, pero amplio, con dos literas y un lavamanos. Los baños y duchas eran comunes y se encontraban fuera, en el pasillo. La cuarta cama la ocupaba una señora rusa de unos cuarenta años, llamada Yegudina. Viajaba sola, y también hablaba hebreo, así que pudimos comunicarnos con ella sin problemas. Yo dormí durante toda la travesía en la cama de arriba de una de las literas, junto a un ojo de buey que me permitía ver el mar.

Tengo muchos recuerdos de ese viaje, indelebles pese al paso del tiempo. Fue una viaje tranquilo (salvo una noche en que el mar estaba encrespado y todas nos mareamos) y muy agradable. Pese a que Marcia y yo no éramos las únicas niñas a bordo, el hecho de que viajáramos solas con una madre joven (que por entonces tenía 26 años) al parecer despertó las simpatías de algunos miembros de la tripulación. Fueron muy amables con nosotras, y más de una vez nos dieron porción doble de helado de postre a la hora de las comidas. Uno de los miembros de la tripulación, un hombre en sus cuarenta, incluso dio algunos consejos a mi madre con respecto a su seguridad personal, para que, una vez llegadas a Venecia, estuviera alerta ante posibles robos; y también la guió con respecto a los pasos a dar para llegar desde el puerto a la estación de tren, que nos llevaría a Génova.

La travesía tuvo varias escalas, en los puertos de Limasol (Chipre), El Pireo (Grecia) y Brindisi (Italia). Y posiblemente el momento más espectacular se produjo cuando atravesamos el Canal de Corinto, de camino hacia Italia. Recuerdo haber despertado ese día de mi siesta, y grande fue mi sorpresa cuando, desde el ojo de buey, pude ver tierra muy cerca. Tan cerca que parecía poder tocarse con la mano con solo

alargar el brazo. De inmediato, mi madre nos llevó a cubierta, y estuvimos un buen rato contemplando el desplazamiento del Enotria por aquel canal; un largo pasillo con dos altas paredes cubiertas de vegetación a cada lado, y el mar convertido en un río, sin más oleaje que la estela que el barco dejaba atrás.

En cada escala, tuvimos la oportunidad de bajarnos por unas horas. Mi madre quiso aprovechar la estancia en Limasol para conocer la ciudad, pero finalmente decidió no hacerlo, pues el puerto estaba lejos del centro y el taxi no le inspiró confianza. El suelo del puerto de Limasol tenía una capa de ripio, con piedras de diferentes colores. Marcia recogió dos, una oscura y la otra más clara, y dijo que eran en memoria del tío Diego y de su viuda, Betina, y se las guardó en un bolsillo. En El Pireo, también nos bajamos del barco, pero tengo recuerdos muy vagos de esa escala. Lo que sé, es gracias a mi madre, que siempre comenta lo hermosa que era la ciudad, y que quiso aprovechar la instancia para entrar en un banco y cambiar dinero. También me ha contado que, en un momento del paseo, nos cruzamos con un funeral, en el que transportaban al difunto en una camilla. Supongo que ver algo así podría tener algo que ver con mi falta de memoria. De Brindisi, por el contrario, tengo mucho más recuerdos. El día estaba soleado y celebraban Carnaval, así que había mucha gente disfrazada, sobre todo los niños. Paseamos un buen rato por sus calles, que lucían festivas y coloridas, y cuanto más caminábamos, más nerviosa se ponía mi hermana, temerosa de que el barco partiera sin nosotras. A sus seis años, llevaba ya una intensa historia de pérdidas y separaciones, y ese miedo solo desapareció en su vida adulta, muchos años después.

Finalmente, llegamos a Venecia; nos despedimos de la amable tripulación del Enotria y nos dirigimos a la estación de trenes en vaporetto. La mayoría de los pasajeros del barco hacíamos tránsito en Venecia, por lo que el vaporetto se llenó con todos nosotros. Ya en la estación, mi madre ayudó a un señor francés a comprar su pasaje a Milán, mientras Yegudina encontraba el auxilio de otros pasajeros, también rusos, y adquirió su pasaje a Viena. Mi madre compró los nuestros con destino a Génova, dejamos los bultos en consigna y salimos a pasear por la ciudad, pues el tren partía a las 12 de la noche. Para entonces, ya eran alrededor de las cinco de la tarde, así que paseamos un rato por las calles y puentes venecianos, y cuando anocheció nos fuimos a un cine de barrio a ver una película de Sean Connery, para hacer tiempo. Mi madre consideró que allí estaríamos más entretenidas y seguras que en la calle; sin embargo, fue todo lo contrario. Entre el público de la pequeña sala de cine, se encontraba un grupo de tres jóvenes que comenzaron a mirar hacia nosotras con insistencia. Cabe suponer que una mujer y dos niñas pequeñas, sin un hombre acompañándolas, eran un objetivo tentador para cualquiera con malas intenciones. Uno de los jóvenes comenzó a escarbar con un cuchillo el respaldo de la butaca que tenía delante, mirándonos desafiante. Como cabía esperar, mi madre se asustó y salimos del cine de inmediato. Por fortuna, no salieron detrás nuestro, así que nos fuimos a cenar a un restaurante, donde obviamente Marcia y yo comimos spaguetti con salsa boloñesa (mi madre los evaluó con ojo crítico, y concluyó que ella los cocinaba mejor, cosa con la que estoy de acuerdo), mientras ella se tomaba un café. Alrededor de las diez de la noche, regresamos a la estación, donde una joven inglesa, que viajaba sola, se acercó a nosotras. Y, casi sin cruzar palabras con ella, se convirtió en nuestro apoyo, al mismo tiempo que nosotras nos convertimos en el suyo. Nos ayudó a cargar nuestros bultos al tren y nos sentamos juntas en el mismo compartimento. “La inglesita”, como la recuerda mi madre, viajaba rumbo a Niza. Durante toda la noche, mi madre y la joven se mantuvieron en duermevela, conmigo durmiendo apoyada la cabeza en el regazo de mi madre, y la de Marcia en el de nuestra compañera de viaje. Al llegar a Génova, nos bajamos del tren; “la inglesita” nos ayudó a bajar los bultos y se despidió de nosotras, pues ella debía continuar hasta Niza. En el andén, se

nos acercó un hombre en sus cincuenta, vestido con un guardapolvo gris y portando un carrito de dos ruedas. Le preguntó a mi madre adónde iba, y ella le contestó que al puerto, pues debíamos tomar un buque de pasajeros Canguro. El hombre le dijo que los Canguro salían del puerto los martes y los jueves, así que como ese día era martes, estaba bien. Y que el horario de salida era la una del día, y como eran recién las doce, ningún problema; pero eso sí, habría que ir corriendo. Mi madre le advirtió que no tenía mucho dinero, a lo que el hombre respondió “Señora, no se preocupe, es baratísimo”. Y, en efecto, cobró una cantidad muy baja. Mi madre estaba preocupada, porque teníamos tres pasajes de cubierta, pero era invierno y hacía mucho frío. Le habían informado que podría cambiarlos, pero no sabía cuánto le iba a costar. Por fortuna, el valor fue muy inferior al que ella temía, así que pudimos viajar en camarote sin problemas. Mi recuerdo de ese viaje, que duró solo un día, fue el de una niña asombrada por la enorme diferencia entre uno y otro navío. Frente a la sencillez del Enotria, el Canguro parecía un hotel de lujo flotante. Y aunque nuestro camarote era más pequeño, era claramente más bonito y moderno. Tuvimos una travesía tranquila, comimos y desayunamos en un bello restaurante, de grandes dimensiones y con autoservicio. Las sensaciones que ambos barcos me dejaron y que aún perduran fueron, asimismo, muy distintas. El Enotria me inspira recuerdos cálidos, días de juegos en una cubierta de sol y viento, una tripulación simpática y noches apacibles, salvo aquella en la que el mar nos mareó a todas pero que, en general, era tranquilo y azul. El Canguro fue como entrar a una casa lujosa, donde todo es caro y distante; además, parecía estar repleto de gente. La cubierta, por su parte, era un lugar desapacible, pues el tiempo estuvo frío y lluvioso, así que apenas pudimos asomar la nariz unos pocos minutos.

En todo caso, y al margen de mis sensaciones de niña, para mi madre subir al Canguro fue el fin de las preocupaciones que había sentido a lo largo de todo el viaje. Por fin estábamos en la recta final y a punto de alcanzar nuestro destino. Apenas unos días atrás, le había preguntado a un miembro de la tripulación del Enotria dónde nos encontrábamos en ese momento, y su respuesta fue: “a su derecha, las costas de Anatolia, y a su izquierda, las de Turquía”. Mi madre contempló el paisaje que le señalaban al tiempo que se preguntaba a sí misma cómo diablos había llegado hasta allí, en medio de Anatolia y Turquía. Una vez más constataba que el exilio era capaz de conducir a los lugares más inimaginables y a situaciones casi esotéricas. En esos días, sin embargo, no fue consciente de la gesta que había llevado a cabo. Sola, velando en todo momento por el bienestar de sus dos niñas de nueve y seis años, arrastrando entre las tres dos bultos pesados y una guitarra, y enfrentando todo tipo de problemas o complicaciones que pudieron haber surgido (más allá de la anécdota en el cine de Venecia), había viajado más de cuatro mil kilómetros por terreno desconocido y multicultural, atravesando el Mediterráneo desde Israel hasta España en barco, vaporetto y tren. Y, por fortuna, contando con el apoyo generoso de varias personas que se convirtieron en providenciales ángeles de la guarda en diferentes etapas del largo viaje.

Finalmente, todo ese peregrinar comenzaba a quedar atrás. Cómodamente instaladas en el Canguro, mi madre podía por fin relajarse y sentirse tranquila y segura: en el puerto de Barcelona, nos esperaba mi padre.

### **El exilio: segunda etapa, Oviedo, España.**

Cuatro de febrero de 1975. El reencuentro con mi padre es otro recuerdo imborrable. Antes de que el Enotria atracara en el puerto, lo vimos desde la cubierta, allá abajo, esperándonos bajo la llovizna invernal. El abrazo y el beso de mis padres también

permanece en mi memoria porque generó muchas sonrisas y comentarios alrededor, y eso me abochornó un poco. Pero estaba feliz. Por fin nos reuníamos otra vez los cuatro y nada nos iba a separar.

Aún rememoro el viaje en taxi por Barcelona hasta la Estación de Sants. Lo primero que me llamó la atención fue que el conductor hablara español. Hacía meses que los extraños a mi alrededor hablaban diferentes idiomas (nunca el mundo fue más políglota para mí que cuando viví en el kibutz), así que la simple pregunta del taxista consultando adónde nos dirigíamos fue una grata sorpresa. Además, yo llevaba en mis manos un juguete, un pequeño marinero sin brazos, cuya procedencia he olvidado (quizás me lo encontré en la calle, en alguna de las ciudades que habíamos recorrido en nuestra travesía) y al que aún no había puesto nombre. De pronto, probablemente en la plaza de la rotonda Francesc Macià, vi en lo alto de un edificio un enorme cartel de “Danone” (que aún existe), y como no sabía qué significaba ni parecía una palabra en español, yo leí “Deinon”, como si fuera una palabra inglesa. Y ese nombre le puse a mi pequeño marinero. Tiempo después supe que se trataba de una marca de yogur y que se pronunciaba tal como se leía en español.

El viaje en tren a Oviedo fue muy largo, pero de él solo tengo unas pocas imágenes y sensaciones. Pese a ser tres años menor, Marcia conserva un recuerdo nítido por algo que la impactó. Viajamos en una cabina junto a una señora acompañada de su hijo. La señora portaba una canasta con mucha comida, y en un momento del viaje sacó de ella una hogaza de pan, queso y chorizo, y en una actitud generosa, muy característica en los asturianos, nos ofreció. La hogaza era de pan de leña y, para cortarlo, lo apoyó en su pecho y comenzó a rebanarlo con un cuchillo. Marcia quedó alucinada, pues era la primera vez que veía a alguien cortando el pan de esa manera. Pero también muy agradecida, pues nunca antes había comido pan de leña y le encantó.

Pasamos nuestros primeros días juntos en Oviedo en casa de familiares de mi padre. En esa época, todo lo que me rodeaba era nuevo y desconocido, y solo años después tomé conciencia y comprendí que esa casa, emplazada en la Avenida del Cristo, fue el lugar donde conocí a tres mujeres excepcionales, que dejaron una tierna huella en mi memoria: Oliva, Blanca y Trini.

Oliva era una mujer mayor con un carácter afable y mucho sentido del humor; era dueña no solo de la casa sino del merendero ubicado en los bajos del inmueble, y de todo el terreno circundante, que contenía una huerta aladaña al merendero y un corral con gallinas y conejos. Era 1975, Oviedo aún tenía amplias zonas rurales que lindaban con las urbanas, y por ello no era extraño encontrar áreas donde los edificios se encontraban rodeados de prados, huertas y establos con vacas y animales de tiro, como vacas y burros. Oliva era una mujer solidaria y generosa, y durante la guerra civil, su huerta había ayudado a sobrevivir a buena parte del vecindario. Blanca era su hija, una mujer campechana y de buen carácter, muy similar al de su madre. Y era la esposa de mi tío Villita.

Así era; al llegar a Oviedo, Marcia y yo nos enteramos de que nuestro padre tenía dos hermanos mayores, José Manuel (más conocido como “Villita”, derivado de su apellido materno) y Alfredo. Nuestro abuelo Manuel, anarquista republicano durante la guerra civil, debió abandonar España para salvar su vida, y esto significó dejar atrás a su esposa y a sus hijos. Años después, Marcia y yo supimos que también habíamos tenido una tía, llamada Gloria quien, a los dos años de edad, había fallecido, junto a su abuela materna en un bombardeo de las fuerzas franquistas, durante la guerra. Mi abuelo Manuel nunca olvidó a sus hijos, y durante años se preocupó de enviarles dinero desde Chile. Pero las circunstancias y, finalmente, su muerte temprana en un accidente, impidieron que pudiera reencontrarse con ellos.



Trinidad Villeta era la madre de mis tíos. Y, al margen del cariño que conservo por Oliva y Blanca, Trini (como la llamaba todo el mundo) merece capítulo aparte, pues para nosotros se convirtió en un nuevo ángel de la guarda y, para Marcia y para mí, en nuestra tercera abuela. Trini fue una mujer excepcional por donde se la mirase. Al igual que mi familia, ella no tuvo opción. Sin mi abuelo a su lado, debió sacar adelante a sus hijos, pequeños en ese entonces, sola en plena posguerra, con muy pocas ayudas y con más obstáculos que apoyos (su madre había muerto en el bombardeo donde también falleció su hija, y su padre había sido fusilado por las tropas de Franco). Trabajó duro por muchos años y, cuando la conocimos y pese a su edad (en ese entonces, tenía más de sesenta), seguía trabajando. Y sin ningún tipo de reparo por tratarse de la familia del hijo que su esposo había tenido en el exilio, en Chile, nos abrió las puertas de su casa de par en par y nos brindó el primer hogar que tuvimos en Oviedo: su propio piso en la zona de Plaza Otero. Trini trabajaba de lunes a viernes como niñera puertas adentro en casa de un viudo con dos hijos pequeños. Años atrás había vivido en Francia, adonde viajó buscando trabajo - en esa época, muchos españoles y españolas debieron hacer lo mismo, para sobrevivir - y ya con suficiente dinero ahorrado, había regresado a España y comprado ese piso, el único bien que poseía. Llegaba los fines de semana y dormía en la misma habitación que nosotras, pues desde el primer momento cedió el dormitorio principal a mis padres. Con ella comí bacalao a la vizcaína por primera vez, supimos cómo funcionaba una cocina a leña y carbón, y pasamos nuestra primera fiesta de Reyes Magos al año siguiente. Siempre nos trató con generosidad y amabilidad, y hasta el día de hoy, mi madre, Marcia y yo la recordamos con inmenso cariño y gratitud.

Plaza Otero, por entonces, era un área semi rural, donde mi hermana y yo pudimos disfrutar de un ambiente tranquilo, jugar con nieve por primera vez en nuestra vida y hacer nuevas amistades en el barrio. Pero también vivimos las reacciones adversas de una España que aún vivía los resabios del franquismo (el dictador murió nueve meses después de nuestra llegada), no estaba acostumbrada a la presencia de foráneos y en la que existían costumbres y prejuicios a los que no estábamos acostumbradas. En el colegio, las maestras pegaban fuertes bofetones a las alumnas (yo era bastante charlatana, así que me llevé varios) y fuera de este, algunos niños y niñas, en el camino a casa, nos llamaban "indias" e incluso nos arrojaban piedras (que yo respondía, y con bastante buena puntería, debo admitir). Ambas circunstancias las resolvió mi madre con mucha sabiduría y firmeza. Los golpes en el colegio se detuvieron cuando se enteró de ello, pues yo me lo había callado por vergüenza; en Chile, ninguna profesora me había pegado nunca, y cada bofetón me había dolido en la cara y en mi dignidad. Además, el último me había provocado fuertes dolores de cabeza, y fue entonces cuando le confesé a mi madre lo que ocurría. Mi madre se enfureció, y descubrió que obviamente no solo yo había recibido bofetadas, sino también Marcia, pese a ser mucho más pequeña, tranquila y callada. Habló con la directora y le exigió que nadie volviera a tocar a sus hijas; y la amenazó con denunciar al colegio a la policía y a los tribunales, pues golpear a un niño era un delito. La directora se aterró y le aseguró que no volvería a ocurrir. Y así fue, aunque con el paso de los años, mi madre debió concurrir por segunda vez, pues alguna profesora no se había dado por enterada y golpeó a Marcia cuando yo ya estaba en el Instituto. Lo de los niños y niñas que nos perseguían arrojando piedras se resolvió cuando, un día, mi madre nos siguió camino al colegio y los sorprendió. Se acercó a ellos y les preguntó por qué lo hacían. Una de las niñas le respondió: "mi madre dice que son indias". Mi madre no se detuvo a explicarle que no lo éramos, eso era secundario, sino que le preguntó "¿Y eso es motivo para que no puedan ser amigas?". La niña la miró desconcertada, reflexionó durante unos segundos y le respondió que no. Desde ese día,

no nos hicimos realmente amigas, pero al menos nunca más hubo agresiones entre nosotras.

Las diferencias culturales, sin embargo, también tuvieron sus momentos jocosos. Llegado septiembre, los matorrales de zarzamora cercanos se llenaron de frutos maduros. Mi madre se pertrechó de unas bolsas de plástico y nos llevó a Marcia y a mí a recoger moras, pues con ellas hacía una deliciosa mermelada. En eso estábamos cuando una señora, que pasaba por allí, se detuvo al vernos, nos saludó y dijo a mi madre que también ella, en estas fechas, salía a lo mismo, pero que era mejor salir con lluvia. Mi madre se sorprendió por el consejo, sin entender de qué forma podía ser mejor recoger moras bajo la lluvia; pero más se sorprendió cuando la señora le explicó que ella les ponía sal. Mi madre le respondió que ella les ponía azúcar y hacía mermelada. Ante la cara de desconcierto de la señora, que a esas alturas empezaba a creer que los extranjeros comíamos cosas muy raras, Marcia y yo, que a través de nuestras amistades ya conocíamos algunas costumbres locales, nos acercamos y le explicamos a nuestra madre que la señora estaba hablando de caracoles, no de moras. Resuelto el malentendido, todas nos echamos a reír.

En paralelo a nuestras vivencias y vicisitudes, en 1975 mis abuelos salieron exiliados a Israel. Mi abuela Raquel llegó en marzo, y el 12 de julio, mi abuelo Luis escribió una carta a sus hijos en la que comenzaba diciendo: "Hoy, a las 10:10 horas fui expulsado para siempre de Chile". Mi abuela vivió esos primeros meses en el kibutz Megido, donde se reunió con mi tío Igal y pudo por fin visitar y llorar frente a la tumba de su hijo Diego. A la llegada de mi abuelo, en calidad de asilado político, ambos se trasladaron a Mishmar Haemek, donde aún vivían mis tías Raquel y Fedora. Pasados unos meses, mis abuelos dejaron el kibutz y se trasladaron a una pequeña localidad llamada Hertzlía, donde vivieron y trabajaron durante un corto lapso. Su residencia definitiva llegó cuando el estado de Israel les otorgó una vivienda en la localidad de Azur, muy cerca de Tel Aviv. Ese fue su hogar hasta su muerte; mi abuelo, en 2001, a la edad de 79 años, y mi abuela en 2018, a los 94. Nunca regresaron a Chile.

### **Reencuentros familiares, Lugo de Llanera y nuevos caminos.**

El año 1976, las cosas dieron un nuevo giro. Mis tías Fedora y Raquel, junto a mi tío Igal, decidieron trasladarse a Oviedo. Esta llegada masiva de familiares obligó a mis padres a buscar un lugar que nos acogiera a todos, pues el piso que Trini nos había procurado con tanta generosidad se nos hizo pequeño. Y encontraron el lugar idóneo en la cercana localidad de Lugo de Llanera: una casa frente a la carretera, con tres habitaciones, baño, cocina y un pequeño terreno alrededor, que incluía una huerta. Para junio de ese año, las cuatro familias – con un total de trece personas: siete adultos y seis infantes - estábamos viviendo en esa zona rural, rodeados de prados y tierras de cultivo.

Fue un verano totalmente atípico. Nos habíamos convertido en una suerte de clan luchando por salir adelante, buscando mantener a la familia unida en el exilio y adaptándonos a las circunstancias que, cada año, nos enfrentaban a nuevos desafíos. Los niños nos divertimos mucho, pues tuvimos mucho espacio y tiempo para inventar juegos. Ni el internet, ni las consolas, ni los videojuegos existían por aquel entonces, así que solo teníamos nuestra imaginación, nuestra inocencia y nuestra habilidad imbatible para pasarlo bien. Y la protección y participación de nuestras madres, que nos enseñaron juegos nuevos, algunos didácticos y otros de mesa. Tengo muy gratos recuerdos de esos días, de los chistes que inventábamos, de las bromas, de las risas. De los aplausos en familia a la joven gimnasta Nadia Comaneci, campeona indiscutible de las Olimpiadas de

ese año, en Montreal. Y de la naturaleza que nos rodeaba: la caja de cartón que rellené con grandes terrones del huerto y donde metí docenas de grillos (que mi madre, cansada del estruendoso concierto que daban al lado de la puerta de la cocina, puso en libertad a los pocos días); la caja que reemplazó a la primera y donde metí un montón de escarabajos de la patata con sus larvas; la araña tigre que hacía y rehacía su enorme tela cada vez que yo la rompía; la acequia por donde circulaba, para gran jolgorio de los críos, el contenido del water cada vez que alguien tiraba de la cadena, hasta perderse en el sumidero; los campos de maíz de los vecinos, que aunque en un principio se mostraron muy sorprendidos al saber que los chilenos las comíamos (para ellos solo eran alimento para los cerdos), regalaron a mi madre y a mi tía Raquel un saco de mazorcas.

Finalmente, la casa se Lugo de Llanera se convirtió en una residencia de verano. Pues ese fue el tiempo que alcanzamos a vivir todos juntos allí hasta que la realidad se impuso. Era necesario organizarse a todo nivel, y si bien los aspectos prácticos (reparto de los espacios y convivencia) no constituyeron un problema grave, pronto se instaló la necesidad de que los recién llegados al país encontrasen trabajo. Así las cosas, Oviedo ofrecía mayores oportunidades, por lo que, transcurridos unos pocos meses, se hizo obvio que lo más sensato era regresar a la capital de la región e independizarnos unas familias de otras. De esa guisa, comenzó una de las etapas más estables de mi vida, cuando mis padres, Marcia y yo nos mudamos a la calle Miguel de Unamuno, donde viviríamos doce años. Marcia y yo regresamos al colegio El Postigo, donde terminamos nuestra educación básica, para luego pasar al Instituto Pérez de Ayala, ubicado en el barrio de Ventanielles. Con el paso de los años, mientras mi padre trabajaba como informático en la Banca Masaveu y posteriormente en el Banco Herrero, mi madre encontró trabajo en una academia particular de idiomas y dactilografía. Posteriormente, ella y mi tía Fedora comenzaron a trabajar en la Fundación Solidaridad Democrática, donde se prestaba ayuda a mujeres en situación de vulnerabilidad (violencia machista, sobre todo). Años después, mi madre y mi tía Fedora, junto a otras mujeres, fundaron la Cooperativa Oveto, destinada a ofrecer un servicio de cuidado y apoyo en sus casas a personas mayores y/o enfermas. El Ayuntamiento de Oviedo se convirtió en su principal cliente, así que la Cooperativa funcionó muy bien por varios años, con mi madre como gerenta.

### **Reflexión última.**

Esta historia podría continuar, pero creo pertinente poner término en este punto. En cualquier caso, como cabe imaginar, la historia de las mujeres de mi familia siguió adelante y ha tenido muchos otros avatares hasta el día de hoy.

Este mes de septiembre, se conmemoran cincuenta años del golpe de Estado en Chile. Y si hay algo que debo reiterar, como conclusión, es la resiliencia que nos caracterizó y caracteriza en la actualidad. En mayor o menor medida existe, en quienes somos hijas e hijos del exilio, un daño transgeneracional, que compartimos con otras víctimas de la dictadura chilena de nuestra generación y posteriores. Al mismo tiempo, gestamos un espíritu constructivo con el que hemos hecho frente a los retos de la vida.

En mi caso, desde ese agosto de 1974 en que salí exiliada de Chile con mi familia, he vivido en varios países y, dentro de cada uno, en distintas localidades. Nunca me he sentido nativa en ninguno de ellos, incluyendo mi país de nacimiento. He vivido el exilio y el retorno, y he perdido (o quizás nunca llegué a desarrollarlo) el sentido de pertenencia a una patria. Tal como yo lo veo y siento, mi verdadera patria es la que llevo conmigo y he forjado en mi alma. Tengo un vínculo fuerte, eso sí, con los tres países donde he vivido, Chile, Israel y España, pues además entre esos tres países quedó repartida esa familia

maravillosa con la que conviví ese verano de 1976, en Lugo de Llanera. Por otro lado y en paralelo, he desarrollado una notable capacidad de adaptación allí donde diversas razones (personales, familiares, laborales) me han impelido a trasladarme.

A medida que crecía y tomaba conciencia de mi condición de hija del exilio, aprendí que exilio y retorno son cíclicos, y que la mejor actitud a adoptar era buscar el lado positivo a cada situación y a cada lugar, lo que me permitió reconstruirme una y otra vez, dentro y fuera de Chile. No ha sido una fórmula mágica ni resolvió todos los conflictos y desarraigos a los que tuve que hacer frente a lo largo de mi vida. Pero ha sido una herramienta poderosa, con la que pude desarrollarme como psicóloga y escritora, y crecer un poco cada día como ser humano.

Las madres, hijas y nietas de mi familia nunca militamos en un partido político fuera de Chile; tampoco al retornar al país, algunas de nosotras, con el advenimiento de la democracia. Después de salir exiliadas de Chile, nuestras madres pusieron el cuidado y protección de sus familias por encima de sus ideales políticos. El golpe de Estado les había mostrado lo más bajo de la naturaleza humana, y aunque el clima político en España se estabilizó durante la transición, ninguna de ellas recuperó la motivación por militar. Pero ninguna perdió - y sus hijas lo heredamos - los ideales de libertad y justicia social, ni la defensa del feminismo, en pos de la igualdad de derechos y oportunidades para todas las mujeres del mundo.

Somos parte de esa semilla consciente y activa que el golpe de Estado y la dictadura chilena nunca pudieron segar.

## **Bibliografía**

“Retazos singulares de una diáspora”, Tamar Álvarez Vega (RIL Editores, 2012)

“Anatomía de un golpe de Estado. La caída de Allende”, Luis Vega (Semana Ediciones, 1983)

“Mujeres latinoamericanas que han hecho historia” (CASAMÉRICA)  
<https://www.casamerica.es/actualidad/mujeres-latinoamericanas-que-han-hecho-historia>

“16 mujeres latinoamericanas que nos inspiraron” (Sherlock Communications)  
<https://www.sherlockcomms.com/es/blog/mujeres-latinoamericanas/>

[https://es.wikipedia.org/wiki/Salvador\\_Allende](https://es.wikipedia.org/wiki/Salvador_Allende)

[https://es.wikipedia.org/wiki/Comit%C3%A9\\_Church](https://es.wikipedia.org/wiki/Comit%C3%A9_Church)

[https://es.wikipedia.org/wiki/Dictadura\\_militar#:~:text=As%C3%AD%20fue%20como%20ocurri%C3%B3%20en,Colombia%2C%20entre%201953%20y%201957%2C](https://es.wikipedia.org/wiki/Dictadura_militar#:~:text=As%C3%AD%20fue%20como%20ocurri%C3%B3%20en,Colombia%2C%20entre%201953%20y%201957%2C)

## **Fotografía**

Instantánea familiar, año 1966.

Adultas, de izquierda a derecha: mi madre, Mariana; mi abuela Raquel, mi bisabuela Matilde y mi tía Raquel.

Niños, de izquierda a derecha: yo, Tamar, mi prima Claudia y mi primo Gonzalo.